

## LA SANTIDAD

Lectura: 1a. Ped. 1:1-16

### I. - INTRODUCCION

Es evidente que el tema que tenemos que desarrollar está íntimamente ligado con el anterior o sea con el amor; porque así como en Dios, ambos atributos se manifiestan al unísono, de la misma manera el Espíritu Santo procura hacerlo en el creyente; es decir que el amor debe ser santo y puro. Por esta causa es que el Apóstol Pablo dice a los creyentes: "el Señor haga abundar el amor entre vosotros... para que sean confirmados vuestros corazones en santidad" (1a. Tes. 3:12-13).

Además debemos señalar que algunos autores, involucran todas las virtudes cristianas en este término "santidad", de manera que al referirse a este tema incluyen toda la obra preciosa que el Espíritu Santo ha venido a realizar en los renacidos. Nosotros preferimos separar estos asuntos a los efectos, no sólo de una mejor comprensión, sino también para posibilitar una más sencilla realización práctica; puesto que estamos estudiando virtudes, que es necesario experimentar.

### II. - DEFINICIONES

El término santidad es quizá uno de los más conocidos por los creyentes, a pesar de que el Diablo se ha encargado de alejarnos de su verdadero significado, mucho más de lo que nosotros mismos creemos. Muy especialmente en relación con el enfoque práctico que deseamos darle en esta oportunidad. En efecto, la Biblia considera santo a todo aquello que ha sido apartado para los usos divinos, se trate de personas o cosas materiales, en ambos casos se utiliza la misma palabra (Gén. 2:3; Ex. 29:37; Núm. 7:1; Mt. 23:17 y 19). Pero yendo directamente a los creyentes, podemos decir que son verdaderamente santos desde el momento que han recibido el Espíritu Santo en ellos, a través del arrepentimiento de sus pecados y la fe en el Señor Jesucristo (Hech. 9:13 y 32; 26:10; Ro. 1:7; Fil. 1:1). Pero a partir de allí comienza la experiencia práctica de apartarse del pecado, en una vida de crecimiento espiritual, en la cual todo cristiano fiel, debe estar permanentemente ocupado (Fil. 2:12). En consecuencia tenemos una santidad posicional, en la Persona del Salvador y una santidad práctica, que por El es necesario realizar en nuestra vida; es a esta última que deseamos referirnos en esta lección.

En consecuencia, la santidad sólo es posible en un renacido; por consiguiente no se trata de cualidades naturales, sino de las manifestaciones del Espíritu Santo en nosotros; lo cual es un hecho absolutamente real, que debemos tener conciencia que puede y debe ocurrir; de lo contrario sería paradójico que Dios nos exigiera un imposible, cuando nos manda "Sed santos porque yo soy santo" (1a. Ped. 1:16). Lo hace porque no sólo es posible, sino porque El, que lo es, está en nosotros para realizarlo (1a. Tes. 5:23).

Pero este es un hecho progresivo; no hay una santidad total y absoluta en nosotros, sino procesos, en los cuales vamos dejando cosas malas y adquiriendo las virtudes cristianas. Por eso la Biblia habla de niños de Cristo (1a. Cor. 3:1) y del varón perfecto (Ef. 4:13), que se alcanzará en plenitud cuando despertáremos a su semejanza (Sal. 17:15; comp. Fil. 3:12-15); pero mientras estamos en este mundo es importante saber que vamos avanzando en un proceso santificador, siendo transformados: de gloria en gloria (2a. Cor. 3:18).

### III. - LOS HECHOS PRACTICOS

Dijimos que el creyente debe ocuparse "en" su salvación (Fil. 2:12); no "de" ella, porque ya la tiene; esto significa depositar su fe en lo que Dios ha realizado en la cruz del Calvario a través de Su Hijo Nuestro Salvador. Esto es lo que enseña el Apóstol Pablo cuando expresa que, sabiendo que nuestro viejo hombre fué crucificado en la cruz (Ro. 6:6), debemos pensar que estamos muertos al pecado (vers. 11); por consiguiente no debe reinar más en nuestro cuerpo (vers. 12), sino que debemos presentarnos a Dios como vivos de los muertos (vers. 13).

Sin embargo, como El sabía de nuestra flaqueza, nos indica, en forma muy sencilla, cómo debemos hacerlo: de la misma manera que antes ofrecíamos nuestros miembros para pecar (Ro. 6:19), ahora ofrezcámoslos al Señor. Entonces el Espíritu Santo, que tiene el poder para darnos la victoria, habrá de librarnos de esa ley de pecado en la cual estamos sujetos (Ro. 8:2; Gál. 5:22-25).

Insistimos que es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad la encargada de producir en nosotros una vida santa; pero además de ello debemos agregar que nuestra relación con ella es a través de la oración (Jud. 20), pues está ligada a nosotros en la parte adorante de nuestro ser (Ro. 8:9-16). Allí, en lo profundo del espíritu, podemos contemplar la gloria del Señor, para avanzar en la preciosa senda de la santificación (2a. Cor. 3:18).

Tenemos también la Bendita Palabra de Dios, en cuya lectura y meditación diaria encontraremos el otro importantísimo medio de gracia (Sal. 119:9-11); por eso la oración del Señor era: "santifícalos en tu verdad: tu Palabra es verdad" (Jn. 17:17); porque la pureza del Santo Libro pasará a obrar nuestra más profunda limpieza y a establecer la santidad de sus principios en nosotros (Sal. 12:6; Ef. 5:26).

### IV. - LA LUCHA

A pesar de todo cuanto Dios ha provisto y desea para nosotros, El jamás nos obliga a realizar algo, sino que espera con paciencia que el cristiano responda voluntariamente a sus mandatos de amor. Por eso es que también la Biblia reclama de nosotros la mayor diligencia en estas cosas, pues sabe que, de lo contrario, hemos de quedar a merced del enemigo de nuestras almas (2a. Cor. 7:1; 2a. Ped. 1:10).

De todas maneras no se desconoce el hecho que el creyente sigue teniendo la vieja naturaleza que pretende continuar ejerciendo sus derechos. A la carne no la vamos a acallar tan fácilmente, puesto que prontamente se levantará contra el Espíritu (Gál. 5:17). De allí que aún el Apóstol Pablo debía afirmar, a pesar de las dificultades que existen para interpretar este pasaje, que hay una evidente lucha para cumplimentar la voluntad divina, en razón de la real oposición de la vieja naturaleza (Ro. 7:14-25). Pero gracias a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

### V. - EVIDENCIAS DE SANTIDAD

Es importante señalar, antes de terminar este tema, que procuramos hacerlo eminentemente práctico, que podemos tener claras evidencias de nuestras victorias en este campo de lucha interior y que se manifiestan no sólo allí, en lo profundo del ser, sino también en la conducta; es decir nuestras obras prueban la realidad de lo que nos está ocurriendo.

1º) En nosotros habrá de gestarse un real reconocimiento de que hacemos mal, porque somos malos en nosotros mismos; por lo cual caeremos de rodillas frente a la grandeza inconmensurable de un Dios que, a pesar de su tremenda santidad, se ha dignado venir a morar a nosotros (Job 38:1-2; 40:4; 42:5-6; Is. 6:1-5; Ef. 3:8).

2º) En cuanto a nuestra manera de actuar, deberá notarse, en primer lugar, no sólo nuestro abandono de las cosas pecaminosas, sino un verdadero aborrecimiento por todo lo que sea pecado (Ro. 7:13; 12:9).

3º) Pero también tiene que manifestarse nuestro amor por las cosas santas, aquellas que tienen que ver con la vida eterna que Cristo nos ha concedido (Col. 3:1-4; Heb. 11:10).

4º) Todo ello deberá reflejarse en una vida cristiana activa; de lectura de la Palabra, intensa oración, asistencia a los cultos, contribuciones generosas, participación y ayuda en la Obra, etc. (Sal. 19:8-10; Lc. 18:1; Ro. 12:10-21; 2a. Cor. 8:7; Heb. 10:25).

## VI. - ENSEÑANZAS

1º) No podemos eludir enfrentarnos con un tema tan claro en las Escrituras en cuanto a que la voluntad de Dios, que tantas veces aducimos no conocer, es nuestra santificación (1a. Tes. 4:3).

2º) Tenemos evidencias muy claras de cuál es el camino de santidad, debemos confrontar con ellas nuestra propia experiencia y verificar qué es lo que está sucediendo con cada uno de nosotros. (Fil. 1:9-10).

3º) La proximidad del arrebatamiento de la Iglesia señala nuestra presentación ante el Tribunal de Cristo, frente al cual debemos estar irrepreensibles en santidad (2a. Cor. 5:10; 1a. Tes. 3:13 y 5:23).

4º) Si tenemos esta bendita esperanza en nuestro corazón, corresponde purificarnos, tal como lo establece el Apóstol (1a. Jn. 3:1-3).